

SEÑALES

Recuperación de Lewis Carroll.

□ Lo que Valery Larbaud ha ido haciendo respecto de Samuel Butler, en una presentación de este gran escritor británico a los públicos latinos, lo realiza ahora Henry Fontenoy con Lewis Carroll, el conocidísimo autor de «Alicia en el País de las Maravillas» y mucho menos conocido de «La Chasse au Snark». Resulta, visto desde una altura distinta a la que pueden haberle visto los niños admiradores de Alicia, (aunque con la misma proporción de verdad) que Lewis Carroll es un precedente de gran parte de la literatura y sobre todo de la poesía contemporánea. Al menos, se anticipó en ciertas ideas a las más flamantes escuelas y a toda la poesía que ha pretendido buscar en la palabra, como medio expresivo exacto, la realidad poética que antes iba más hacia el concepto.

Lewis Carroll es el seudónimo de Charles-Ludwig Dodgson, sacerdote anglicano, profesor de matemáticas en el Christ-Church College, de Oxford. Como en Paul Valery en otro sentido, la reunión del matemático y del poeta se manifiesta curiosamente en la obra de Carroll. Cada una de esas dos disciplinas, aparentemente en sentido contrario de la otra, se complementan en lo que hay de justo, de probativo y caprichosamente certero en la obra del famoso «clergyman». Profesor de matemáticas, director del «Paraguas del Presbiterio» (¿no recuerda a Fray Hontensio Paravicino, el denostado conceptista?), autor de libros, inventor de un método infalible para ganar jugando al tennis, tenía

adoración por los niños, porque en ellos encontraba la verdad, una verdad llena de belleza que seguramente no pudo hallar en los teoremas que explicara en sus clases de Oxford.

Henry Fontenoy publica las cartas de Lewis Carroll a los niños y niñas. Era un hombre que llevaba consigo, a las playas, un repuesto de alfileres imperdibles, para que las chicuelas pudiesen arremangarse las faldas y jugar libremente en el agua. Para el escritor francés que lleva la atención actual hacia Carroll, el punto céntrico de la producción escrita de éste, desde «Alice in Wonderland» hasta las cartas hoy traducidas por vez primera, el punto determinante, es el cultivo del «nonsense». Una palabra, como tantas otras, de dificultosa traducción; usada constantemente en inglés, al ponerse uno a traducirla, no puede darle el sentido primitivo de «tontería», «desatino», que se ocurre a primera vista. Fontenoy traduce por «sens gratuit» (el sentido inmediatamente aceptado por la infancia). Como a todo poeta de cierta complicación—es decir, de cierto talento—los exegetas se dedican a Lewis Carroll, y las aventuras de Alicia, su vuelo al través del espejo, sus conversaciones con Humpty-Dumpty y el sabroso cuanto desconcertante diálogo cantado de empiezan a suscitar unos trabajos de rebusca, para el hallazgo del sentido esotérico que allí se contiene.

El tono despectivo que puedan usar algunos ante la atención despertada últimamente por Lewis Carroll, está neutralizado de antemano por Henri Fontenoy. Tan en serio toma este comentar al simpático Dodgson, que bastará con reproducir una cita comparativa o relacionada, de su trabajo, para darse cuenta de la trascendencia que le atribuye.

Humpty-Dumpty—el huevo andarín, conversador, que se cae desde la muralla sin que nadie consiga reconstruirlo—es en el libro de Carroll un extraordinario filósofo del lenguaje:

«Cuando yo uso una palabra—dice Humpty-Dumpty no sin desprecio—ésta no significa sino aquello que yo quiero que signifique. Ni más ni menos.

—La cuestión—dice Alicia—está en saber si usted puede hacer que las palabras signifiquen cosas tan diferentes.

—La cuestión—replica Humpty-Dumpty—está en saber quien tiene razón. Eso es todo».

Y a continuación coloca Fontenoy el siguiente párrafo, de Augusto Compte, acerca de sus preocupaciones sobre los equívocos en el lenguaje:

—«No puedo privarme de indicar aquí, someramente, la idea general de un trabajo completamente nuevo sobre la filosofía del lenguaje, cuya ejecución racional, que a mí no me corresponde, sería, a mi juicio, de una utilidad permanente. Este trabajo consistiría en una operación a la inversa de la que habitualmente se ejecuta respecto de los sinónimos propiamente dichos. En vez de acercar así las diversas palabras que tienen acepciones idénticas o muy análogas, yo propondría la composición de un diccionario de equívocos, donde se compararían al contrario, las diferentes acepciones fundamentales de un solo término».

Usaba Carroll para escribir, el automatismo. Y así, por ello sólo, era entendido, mejor dicho, comprendido, apreciado, por los niños. Y seguramente suscitará mayor dificultad en los exegetas adultos, que en sus infantiles corresponsales. Entre las cartas traducidas por Fontenoy, todas sabrosas e interesantes, desde puntos de vista psicológicos y lingüísticos, vamos a reproducir una, que el lector, podrá considerar como ejemplo de un curiosísimo estilo:

—«Mi querido Bertie: Hubiera estado yo muy contento de poderte escribir como tú lo deseabas, pero se opusieron muchas dificultades a este proyecto.

Primera dificultad: No tengo tinta. ¿Tú no me crees? ¡Ah!, si hubieras conocido los tinteros de mi juventud! (Era la época de la batalla de Waterloo y yo era soldado en esa batalla). No teníamos más que derramar un poco sobre el papel y la tinta hacía todo lo demás. La tinta que ahora tengo es estúpida:

cuando empiezo una palabra, no es capaz de terminarla ella sola.

Segunda dificultad: No tengo tiempo. ¿Tampoco crees en esto, verdad? ¡Ah, si hubieras conocido el tiempo, tal y como era en mi juventud! (En la época de la batalla de Waterloo, donde yo mandaba un regimiento). Cada día tenía, siempre, veinticinco horas. A veces, treinta y hasta cuarenta.

Tercera dificultad, la más grave: mi antipatía por los niños. Yo no sé por qué soy yo así, pero los detesto, como detesto los sillones y los «plum-puddings». ¿No crees en esto, tampoco? ¡Ah, si tú hubieras visto a los niños de mi juventud! (Batalla de Waterloo. Yo mandaba un ejército y me llamaba Duque de Wellington, pero encontré más tarde que era incómodo llevar un nombre tan largo y tomé el nombre de M. Dodgson; escogí este nombre porque empieza con la misma letra que duque). Ya ves que me es imposible escribirte. Espero que no estés muy desilusionado de no recibir carta de parte de tu afectísimo amigo.

—C. L. DODGSON.

Cossío.

□ En Madrid ha muerto, muy anciano, don Manuel Bartolomé Cossío, primer ciudadano de honor de la República. Era el último perteneciente a la generación de aquellos hombres señeros, que tenía como epónimo a don Francisco Giner de los Ríos. Cossío ha muerto dejando una estela de hombría de bien, muy superior a todas las estelas literarias y catedraticas que ha dejado por añadidura. Era uno de esos admirables viejos que conservan hasta el último instante su dignidad y que—por excepcional temperamento y enseñanza de sí mismos—pasan sin caducar ni entrar en caquexias espirituales. Como no tenía por qué aferrarse a zarandajas de actualidad, su posición señera se ha mantenido hasta última hora. Había huído siempre, y más en sus últimos años, de todo exhibicionismo, ese mal tan pegadizo